En la cueva de Hiraa

Cuando el Profeta Muhammad (P y B) tenía alrededor de cuarenta años, dedicaba gran parte de su tiempo a la reflexión profunda y a la contemplación del universo. Esta inclinación espiritual lo diferenciaba de la mayoría de los habitantes de La Meca, quienes permanecían absorbidos por la rutina diaria y alejados de la búsqueda interior. Solía llevar consigo provisiones sencillas, como avena (saulq) y agua, y se dirigía a los valles y montañas cercanas. Su lugar predilecto era la cueva de Hiraa, ubicada en la montaña de An-Nur, a unos tres kilómetros de La Meca. Esta cueva ofrecía un ambiente de serenidad y recogimiento. En el camino, acostumbraba a asistir a los necesitados, compartiendo parte de su alimento.

Durante sus retiros, especialmente en el mes de Ramadán, intensificaba su adoración, pasando largas horas en reflexión y recuerdo de Al-láh. Le afligía profundamente la corrupción moral, la injusticia y la idolatría que predominaban en su sociedad, y anhelaba sinceramente la verdad y la guía divina. Este período de aislamiento voluntario constituyó una etapa de

purificación y fortalecimiento de su vínculo con su Creador. En la sabiduría de Al-láh, esta preparación interior precedió a la responsabilidad trascendental que habría de asumir.

Al cumplir cuarenta años comenzaron a manifestarse signos de su futura profecía. Se relata que incluso las piedras de La Meca lo saludaban con palabras de paz, y que empezó a tener sueños verídicos que se cumplían con la claridad de la luz del día. Estas visiones persistieron durante seis meses y forman parte del período total de veintitrés años en que se desarrolló la Revelación.

Finalmente, en el mes de Ramadán, durante el tercer año de su retiro en Hiraa, Al-láh lo honró con el inicio de la misión profética. En ese momento descendió la primera Revelación del Corán, acontecimiento que marcó el comienzo de su misión como Mensajero para toda la humanidad y dio inicio a una transformación histórica sin precedentes.

El comienzo de la revelación del Corán

El inicio de la revelación del Corán marca uno de los momentos más trascendentales de la historia de la humanidad. Mientras el Profeta estaba en el interior de la cueva de Hiraa, se le apareció el ángel Gabriel (Yibril) y le ordenó: «¡Lee!». Sorprendido y asustado, el Profeta respondió: «No sé leer». Entonces el ángel lo abrazó con fuerza hasta que sintió agotarse sus fuerzas, y repitió nuevamente la orden: «Lee», recibiendo la misma respuesta. Esta acción se repitió tres veces, hasta que finalmente el ángel le recitó las primeras palabras del Corán:

«Lee, en el nombre de tu Señor, quien creó todas las cosas. Creó al hombre de una célula embrionaria. Lee, que tu Señor es el más Generoso. Enseñó la escritura con la pluma y le enseñó al hombre lo que este no sabía» (Sura *Al-'Alaq*, 96:1-5).

Lleno de temor, el Mensajero de Al-láh descendió del monte temblando. Al llegar a su casa, pidió a su esposa, Jadiya, que lo cubriera diciendo: «¡Cúbranme, cúbranme!». Ella lo consoló y, con palabras llenas de fe y ternura, le aseguró que Al-láh no lo

abandonaría nunca, recordándole sus virtudes: su honradez, su generosidad, su ayuda a los necesitados y su hospitalidad.

Deseando comprender lo ocurrido, Jadiya lo llevó a ver a su primo Waraqa ibn Nawfal, un anciano sabio que se había convertido al cristianismo. Después de escuchar el relato del Profeta, Waraqa le dijo: «Éste es el mismo mensajero (el ángel) que descendió sobre Moisés. ¡Ojalá yo estuviera vivo para poder ayudarte cuando tu pueblo te expulse!». El Profeta, sorprendido, preguntó: «¿Me expulsarán?», y Waraqa respondió: «Sí, nunca ha venido un hombre con un mensaje como el tuyo sin ser rechazado. Pero si vivo hasta ese día, te apoyaré con todas mis fuerzas», poco después, Waraqa falleció. La revelación cesó por un tiempo, lo que produjo en el Profeta una profunda tristeza y confusión.

Durante ese período de silencio, el Profeta solía regresar a la cueva de Hiraa, esperando el regreso del ángel. Un día, mientras bajaba del monte, escuchó una voz que lo llamaba. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Cuando levantó la vista hacia el cielo, vio al ángel Gabriel sentado en un trono entre el cielo y la tierra. El impacto de la visión fue tan grande que regresó

corriendo a su casa lleno de temor, pidiendo nuevamente que lo cubrieran. Entonces se revelaron estos versículos:

«¡Oh tú, [Muhammad] que te envuelves en un manto! Ponte de pie y advierte. Proclama la grandeza de tu Señor. Purifica tus vestimentas. Apártate de la idolatría» (Sura *Al-Muddázzir*, 74:1-5).

A partir de ese momento, comenzó la misión profética de Muhammad, la paz sea con él. Desde entonces, dedicó más de veinte años de su vida a proclamar el mensaje de Al-láh, soportando dificultades, persecuciones y guerras, pero sin abandonar nunca su compromiso con la verdad. No buscó descanso ni beneficio personal; vivió completamente entregado a la causa divina, guiando a la humanidad hacia la luz del monoteísmo, la justicia y la misericordia. Su vida fue un testimonio vivo del significado de la fe, del sacrificio y de la misión universal del Islam.